



Una escena de «Soulier de satin», de Paul Claudel, el último gran éxito de la Comedia Francaise

presentado un decorado realista (quizá demasiado realista, porque la gran luminosidad que había dado a las escenas, para marcar bien la luz extraordinaria de la España central, quitaba un poco de misterio a la obra), al montar ahora *María Stuart*, gran éxito de una autora nueva, Marcelle Maurette, lo ha hecho sin telones, con una cámara absolutamente oscura que absorbe y no refleja nada de luz; y sobre este fondo que parece no existir, sino ser todo el escenario un ámbito dilatado y lejano en sombras, los personajes andan, se mueven, se agrupan en un juego plástico creado por la luz. Es decir, suprimida la batería y toda clase de luces difusas, quedan los cenitales, soles, diabras, etc., iluminando sólo las figuras, dibujándolas, por así decirlo, y dándoles perfil y volumen al hacerlas resaltar sobre el fondo lejano (que parece lejano) y sombrío del escenario.

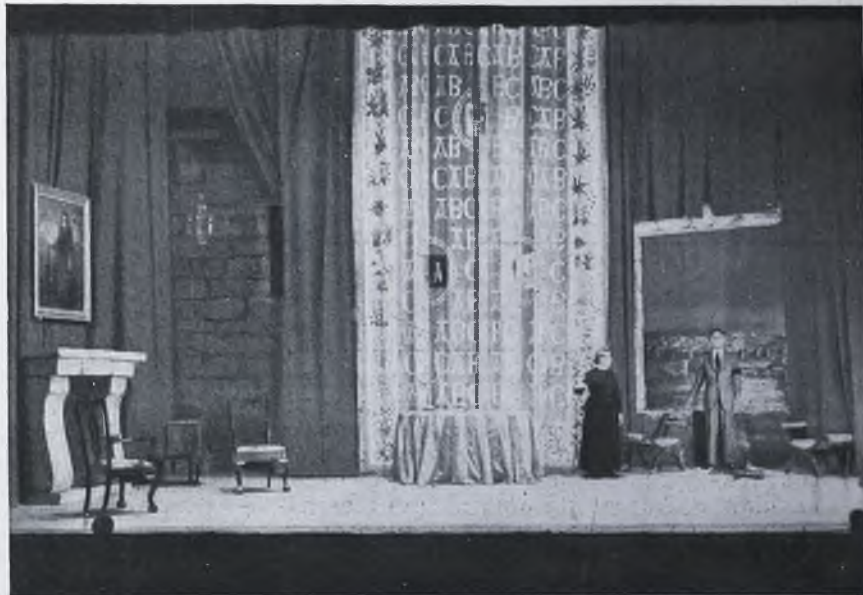
El efecto es, en realidad, escultórico y verdaderamente impresionante.

Algo por este estilo, si bien no tan acusado, es lo que ha hecho Christian Bérard, el gran escenógrafo, para el último estreno de Jean Giraudoux, *Sodome et Gomorrhe*, en el teatro Hebertot (antiguo Théâtre des Arts). Como puede verse en la fotografía que ilustra este artículo, la escena, cerrada con una cámara de cortinas neutras, está en sombras y con unos simples elementos arquitecturales fijos (escalinatas, arco), más algún elemento de carácter (una insinuación de tienda de campaña, por ejemplo), en alguna escena. Bérard ha explicado el porqué de esto diciendo que «El decorado se reduce a elementos esenciales que sostienen el juego de los actores y que no distraen la atención del público». En cuanto al vestuario, la época bíblica en que transcurre la acción, Christian Bérard la ha vestido, para las mujeres, con trajes muy simples, especie de túnicas de nobles pleguerías que bien podrían ser trajes de noche actuales dentro de un aire de ascendencia griega. Y para los hombres, vestiduras árabes. Por lo que hace al color, a Bérard le gusta mucho emplear tonos calientes, pero un poco sordos, sienas, tierras muy tostadas, en gamas unidas, pero con algún contraste fuerte.

Un reciente estreno de París, cuya resonancia ha cruzado las

fronteras, ha sido el de *Soulier de satin*, de Paul Claudel, en la Comédie Française. Obra de cinco horas de duración y treinta y tres cuadros, con personajes españoles y en ambientes marroquíes, españoles y americanos. El continuo cambio de lugares de acción ha hecho a M. L. Coutaud preferir un juego de escenarios también sobre cámara oscura, con trastos y elementos sintéticos unas veces, pero otras con grandes construcciones armadas y corpóreas, si bien dentro del sentido sintético que preside la escenografía total.

En cuanto al vestuario, es una magnífica estilización, muy bella y muy decorativa, de los ropajes, armaduras, etc., de nuestro siglo XVII.



El último acto de «Gente que pasa», de Foxá y Puente, que se ha dado en el teatro María Guerrero con gran éxito